

## EL GRAN CAPITAN.

Magnates rebeldes se unieron cerca de Avila en 1465 y destronaron á Enrique IV de Castilla, cinendo la corona á su hermano Alfonso. Paje de este príncipe fué Gonzalo Fernandez de Córdoba á los doce años. Nacido habia en Montilla de un rico hombre; mas, como hijo segundo, con méritos y servicios propios se debia adquirir las medras. En su casa estuvo más de un lustro, desde la muerte del príncipe Alfonso hasta que, por la del rey Enrique, su hermana Isabel la Católica subia al trono. Presto acudió Gonzalo á esgrimir las armas contra Alfonso V de Portugal y doña Juana *la Beltraneja*. Asegurada la sucesion de Castilla, y unida su corona á la de Aragon por el feliz enlace de Isabel y Fernando, ya no pensaron uno y otro sino en dar cima á la conquista del reino de Granada. Fernandez de Córdoba lucióse en las varias empresas de aquellas campañas memorables, ya de voluntario, ya con un mando de caballería y finalmente como gobernador de Illora. A la corte siguió despues de acabada triunfalmente la guerra.

Alfonso V de Aragon habia dejado el reino de Nápoles á su línea bastarda, tras de ganárselo á los principes angevinos, que transmitieron sus derechos á la casa de Francia. No dejaba esta de tener allí parciales, y así Carlos VIII arrebató fácilmente la corona al jóven rey Fernando, que á su deudo el monarca aragonés pidió socorro desde Sicilia. Gonzalo Fernandez de Córdoba fué designado para llevárselo con cinco mil infantes y seiscientos caballos. Una sola batalla perdió en Seminara á los principios el que ya las iba á ganar todas. Contra Aubigny peleó bizarramente en la Calabria, señalándose por la serenidad de ánimo y la prudencia, por el admirable golpe de vista y la rapidez en las operaciones; y mereciendo que le nombrasen *Gran Capitan* sus soldados y los enemigos; título que le conserva la historia. A duque de Sant Angelo elevóle el monarca restaurado por su pujanza. Contra el aventurero Menoldo Guerri cayó sobre Ostia en servicio del Padre Santo, á quien se presentó victorioso. De 1495 á 1498 fué su ausencia de España, donde vino coronado de laureles á recibir plácemes concordés.

Dos años adelante fortificáronse rebeldes en Guéjar los moriscos de las Alpujarras; muy luego penetró el Gran Capitan por las asperezas al frente de hueste animosa, y antes que nadie asaltó las almenas bien defendidas, rematando su triunfo con interceder eficazmente por los culpados. Tambien Luis XII de Francia quiso en Nápoles probar fortuna: por muerte del restaurado monarca, allí reinaba su tio Fadrique, el cual demandó auxilio á Fernando el Católico sin demora. No estaba en ánimo de dárselo de ningun modo, pues trataba con el rey Luis de la division de aquel reino, ofreciéndole toda la Tierra de Labor y los Abruzos, y guardando para sí la Calabria y la Pulla. Mientras se formalizaba el ajuste, al Gran Capitan despachó con

tropa bastante, para quitar la plaza de Cefalonia á los turcos y restituirla á Venecia. Brillantemente lo puso Gonzalo por obra, y despues vino á tomar posesion de la Pulla y de la Calabria. Sobre algunos territorios intermedios hubo altercados con los franceses, que rompieron al cabo en hostilidades. Menos fuerte el Gran Capitan metióse en Barleta por de pronto, y en campo atrincherado y haciendo oportunas salidas y autorizando combates parciales, firme se mantuvo casi nueve meses hasta que le llegaron algunos socorros. A 26 de abril de 1503 emprendió la marcha; dos días despues tomó posición junto á Cerinola, donde los franceses perdieron su general duque de Nemours y la batalla de seguida. Otro ejército envió Luis XII más poderoso con artillería formidable y mandado sucesivamente por los marqueses de Mantua y Salucio: cincuenta días los detuvo el Gran Capitan á las márgenes del Garellano, luchando contra la intemperie y todo género de privaciones: ya que se halló con tres mil hombres de refuerzo, por un puente de barcas echado cuatro leguas más arriba puso al otro lado sus tropas, y de improviso cayó el 23 de diciembre sobre las francesas con brioso é irresistible empuje de cabal triunfo. Luego rindió á Gaeta, y dentro de Nápoles descansó de fatigas, sin sospechar que hubiese llegado á término su militar gloria.

Como gobernante sobresalió asimismo Gonzalo; pero era liberal sin medida, y por sí distribuía mercedes hasta de señoríos y rentas, lo cual desazonaba al rey Fernando, cuya regularidad económica pasaba injustamente por avaricia á los ojos de muchos. De aquí tomaron pié los envidiosos para zaherir con murmuraciones al Gran Capitan y procurar su desgracia. Nada valieron las intrigas, mientras Isabel la Católica pudo continuar siendo protectora del guerrero victorioso; mas le dañaron por extremo, así que murió la gran soberana, y su viudo se unió á doña Germana de Fox en segundas nupcias. Con pretestos más ó menos plausibles retrasó el Gran Capitan cumplir las órdenes de venir á España: así se acrecentaron las sospechas contra su lealtad nunca desmentida y muy á prueba por entonces, como que el emperador Maximiliano le estimulaba á poner el reino de Nápoles bajo la obediencia de su hijo Felipe *el Hermoso* con apoyo del Papa. Al fin decidióse á ir á Nápoles el rey Fernando: cerca de Génova le salió el Gran Capitan al encuentro; y allá fueron juntos. De las *cuentas del Gran Capitan* hace mencion algun proverbio, y fama es que se le tomaron por entonces, y que las dió el residenciado segun cumplia á su grandeza, incluyendo muchos miles de ducados por lo distribuido entre frailes, monjas y pobres para que rogaran á Dios por la prosperidad de las armas reales, y no menor suma por echar las campanas á vuelo en celebridad de las victorias. Benévolo y hasta obsequioso mostrósele el rey de cotidiano; pero no quiso tomar la vuelta de España sin traerle consigo, bajo promesa de elevarle á gran maestre de Santiago. No se la cumplió nunca, y el Gran Capitan retiróse á Loja, sin poder ya sufrir desaires, que se repetian por varios conceptos; y su casa fué escuela de cortesanía y magnificencia entre los próceres andaluces.

Cuando en 1512 perdió nuestro don Ramon de Cardona la batalla de Ra-

vena, Fernando el Católico dispuso que el Gran Capitan se aprestara á volver á Italia; mas varió de propósito al golpe, no menos por mejorar de semblante las cosas que por genial desconfianza. Entonces el Gran Capitan escribióle con altivo resentimiento: quizá tuvo intencion de ir á Flandes, y de traerse aquí al archiduque Carlos: no es dudoso que se expidieron órdenes de prision en su contra, por si efectuaba su embarque, ni que en el seno de la confianza pronunció frases de estar pesaroso, tal vez de no haber antes dado oídos á las insinuaciones del emperador Maximiliano. Amargadísimo falleció el 2 de diciembre de 1515 en Granada, y Fernando el Católico vistió de luto con toda la córte, y de órden suya se le hicieron honras fúnebres en todo el reino. Siempre el mérito superior padece tribulaciones bajo la contemporánea y tenaz envidia; pero su martirio acrecienta á los ojos de la posteridad el esplendor magnífico de su corona.

A. F. DEL RIO.

---

## DE LA VANIDAD.

---

Entre las viciosas cualidades con que un niño puede afean su carácter, se cuenta la presuncion cual origen de muchas inclinaciones reprecensibles que, ridiculizando y haciendo objeto de comun desprecio al que á ellas se abandona, le preparan un porvenir de amargas humillaciones é insufrible cansancio de sí propio.

Orgullosos con el mérito superior de que se juzga depositario, es claro que tendrá en menos á sus compañeros, despreciándolos por tanto y procurando sobreponerse á ellos; pero como las heridas hechas al amor propio son las que mas duelen y menos se perdonan, de seguro encontrará quien poco sufrido, le devuelva con usura sus menosprecios, haciendo resaltar defectos y causas de afrenta, que sin su insultante petulancia nadie hubiera tomado en boca.

El vanidoso además, abstraído en la contemplacion de su propio valer, se aísla y retrae de la buena sociedad, á la que supone indigna de aprecio, resultando de esto que todos acaban por mirar con indiferencia, repugnancia ó lástima, al fátuo que se atreve á juzgarse á mayor altura que las personas que le rodean. Podrá encontrar aduladores parásitos, siervos obligados por la miseria á tolerar su impertinencia, intrigantes dispuestos á sacar partido de su débil espíritu, pero amigos verdaderos nunca, porque si tan solo entre iguales puede sostenerse un trato agradable, mucho menos ha de hallar abrigo el delicado cambio de generosos sentimientos que la amistad reclama, en el pecho de un arrogante envanecido.

Jamás la presuncion encontrará motivos para justificarse. Si nos hallamos dotados de superior talento, este mismo nos hará conocer lo mucho que ignoramos. ¡Cuántos problemas superiores á nuestra flaca razon! ¡Qué de lastimosas contradicciones tenemos que rectificar cada dia! ¡En cuántas ocasiones un extranjero en las aulas, un menestral, un rústico tal vez, ha descubierto secretos negados á las vigiliass y desvelos de los varones de mayor capacidad en la ciencia! No hay duda, para el sabio digno de tal nombre el orgullo será siempre un vicio desconocido. Si de las cualidades del espíritu pasamos á las prendas personales, aun hemos de hallar menos causa de vanidad. El hacer ostentacion de notable figura es igual que si lo hiciese una bien fundida estátua, que por un momento tuviese facultades para conocerse: quien mereciera los elogios seria el autor del molde, nada mas, y aun la estátua pudiera muy bien alegar en su abono lo inalterable y duradero de sus formas, gracias á la materia de que se compone, pero nosotros, frágiles por naturaleza, á quien la mas leve indisposicion altera, sujetos á perder la hermosura y vernos convertidos en objeto de horror y repugnancia por mil accidentes fáciles de suponer, ¿podremos estar envanecidos á causa de una belleza tan fugitiva que de seguro el tiempo ha de robarnos, prueba cierta de que no nos pertenece? Si nos fuera lícito sorprender los secretos del tocador de la belleza mas notable ¡cuán luego se desvaneciera la fascinacion que sobre nosotros causó ayudada por el arte y la compostura, que ni un dia puede abandonar, sopena de ver caida su efimera corona! Conociendo esto mismo, el inteligente Ovidio aconsejaba á las de su tiempo, entre mil ardidess que no son del caso, que nunca se dejasen ver á toda la luz del dia, si no mas bien envueltas en una media claridad suficiente á ocultar los defectos naturales de la incompleta condicion humana; y uno de los padres de la Iglesia dignos de mayor respeto por su saber y conocimiento del mundo, siempre que temia ser arrastrado por su ardiente imaginacion á tributar á la criatura la gloria solo al Criador debida, amando el atractivo de beldad engañadora mas de lo que la razon consiente, pensaba recogido en sí propio: «¡Cuán horrible estuviera esta mujer privada de la epidermis! ¿Y seré tan necio que por cosa tan leve quiera perder la gracia de Dios?» He ahí demostrado por un gentil y un santo la poca solidez de lo bello y la consiguiente necesidad de quien lo aprecia cual si fuera propio y duradero beneficio.

Algunos hay, aunque pocos van quedando, que se precian de linajudos, es decir, de sangre ilustre; hinchazon de tan ligero viento, que mas bien que los honores de la critica merece lástima y un buen régimen curativo en favor de los menguados á quienes trastorna la inteligencia; pero como tambien á los enagenados suele á veces convenir en un principio alguna reflexion oportuna, hemos de hacerla, si no en beneficio de los incurables, para enseñanza de los que adviertan los primeros sintomas. ¿Quién podrá envanecerse de apellido nobiliario al ver que entre los mas esclarecidos no falta quien afrente sus timbres con acciones propias de la mas baja ralea, así co-

mo entre los del estado llano abundan esclarecidos nombres en santidad, letras y armas? Prueba manifiesta que la Providencia no quiso dotar á una clase con prendas de mayor valía, cuando las hizo de condicion igual é idéntica la materia componente de una y otra; la única diferencia á que obliga su nacimiento á los de sangre patricia es á cumplir cual deben, observando las reglas del pundonor con escrupuloso esmero, si no quieren que la gloria de sus ascendientes sea para ellos afrentoso sanbenito.

Pero si los defectos que llevamos apuntados rebajan el carácter del que se deja dominar por tales miserias, nada puede compararse en torpeza y grosería al poderoso ufano de su gran caudal, producto muchas veces de malas artes y engaños, otras herencia de quien lo ganó para sus descendientes, y resultado por lo comun de los buenos oficios de generosos protectores ó hijo de favorables circunstancias. ¿En cuál de estos casos podrá envanecerse el individuo de la parte que puso en acrecentar su fortuna? Ya lo hemos dicho; sin que la ocasion ayude ó sin valedores ó padrinos nadie logrará elevarse, si nació en humilde esfera. Ni la perseverancia, ni el talento, ni el valor, darán otra cosa por sí solas que buen renombre y una existencia precaria. Por esta razon nos merecen respeto cuando los vemos desvalidos, y si lejos de tributárselo amargamos su desventura con nuestro culpable desprecio, añadimos á la cobardía de quien ofende al que menos puede, la ridiculez del grajo de la fábula, orgulloso por verse cubierto de plumas ajenas. En fin, la pobreza digna y decorosa, es sagrada, queridos niños; Jesucristo nos dió el ejemplo aceptándola en su tránsito por la tierra; el Soberano dispensador de todo bien pudo haber dado al mas ínfimo pordiosero la riqueza que nosotros ostentamos; á Dios únicamente debemos dar gracias por este beneficio independiente de nuestra voluntad, y mirando en los pobres la persona del Señor, segun El mismo nos ha dicho, si esperais atesorar el oro y la plata en abundancia, considerad en este privilegio una administracion espinosa de que tendreis que rendir estrecha cuenta, caso de haber faltado á su buen desempeño, tan lleno de peligros y ocasiones de prueba que, sin la gracia de Dios, es imposible no den al traste con la virtud mas acrisolada.

Otro de los inconvenientes que trae consigo el orgullo desmedido es hacernos olvidar nuestro propio decoro, faltando á la urbanidad, mas apreciable y obligatoria cuanto mas elevada es la posicion que nos ha tocado en suerte. Tened entendido que entre nuestros abuelos, valientes y delicados hasta el extremo en materia de pundonor, tenian fuerza de ley los siguientes axiomas: «El sombrero se invento mas bien para demostrar la cortesía que para cubrir la cabeza, y con él se han conseguido mayores triunfos que con la espada, que nunca deberá desnudarse antes de descubrir la frente.»

Así pensaba sin duda un gobernador de la Martinica, isla francesa de América, el cual yendo de paseo con otro elevado personaje recién llegado á la colonia, correspondió al saludo de un hombre de color que hallaron en el camino.

—¡Cómo! ¿saludais á un negro? dijo admirado su amigo al caballeroso, funcionario,

—Pues qué, respondió éste ¿juzgais que un negro tiene mejor educacion que yo?

Esto no quiere decir que los superiores hayan de hombrear y familiarizarse con los de clase inferior, de ningun modo; cada uno guarde el puesto que le tocó en suerte; así conviene para el mejor orden social: hay procedimientos, lenguaje y acciones disimulables y aun necesarias y convenientes entre los pequeños, que afrentarian á un grande si los adoptase, así como es causa de perdicion, la mayor parte de las veces, para un individuo de humilde prosapia, imitar la conducta de un magnate; dejando aparte la extravagancia que acompaña siempre á la imitacion contra naturaleza, pero unos y otros trátense como individuos de una misma familia que atraviesan el mundo en compañía, necesitados de apoyo recíproco, en busca de la patria comun, donde quizá los primeros serán colocados en último lugar.

Bien quisiera añadir alguna cosa, pues el asunto lo requiere, pero basta con lo dicho para dejar demostrado lo insustancial y culpable de la vanidad en todas ocasiones. Meditadlo bien, queridos niños, en tanto que discurro alguna otra leccion que pueda servir de recreo y enseñanza.

DIONISIO CHAULIÉ.

## DESAFIO.

GASTON.

La cruz que traéis al pecho  
Señal de vuestra nobleza,  
Para adornar la cabeza  
De los Césares se ha hecho;  
Las veces que sin provecho  
La veo en hombres que no son  
De crédito y opinion,  
(Aunque lástima me dá)  
Sospecho que es cruz que está  
Pintada en algun rincon.  
En el mas alto lugar  
Y sublime chapitel  
Se pone la cruz, y en él  
La suele el cuerdo estimar.  
La nobleza suele dar  
Alto sitio cuando intenta

Darle al pecho, mas si afrenta  
Su posesion, no se estime,  
Porque en la cruz mas sublime  
Un pájaro vil se asienta.  
Digo esto, y no sin razon,  
Por que aunque con ella os veo  
Adornar el pecho, creo  
Que es cruz que está en un rincon.  
Que puesto que ese blason  
Ilustre y noble os ha hecho,  
En vos es cruz sin provecho,  
Pues segun dais los indicios  
Mil aves torpes de vicios  
Se anidan en vuestro pecho.  
Yo á lo menos como suelo  
Adorar la cruz que ensalzo  
La vez que la hallo en el suelo,  
Como es insignia que el cielo  
Reverencia, del lugar

En que no es decencia estar  
La quito, y así al presente  
Por no ser lugar decente  
La cruz os vengo á quitar.  
.....

GUILLEN.

Cuando ví que con cruz tanta  
Veniades, don Gaston,  
Os juzgaba procesion  
Que sale en Semana Santa;  
Mas no me admira y espanta  
Lo que os oigo, que el valor  
Que á mi sangre da favor,  
Me enseña en vuestras querellas,  
Que santiguándoos con ellas  
Mostrais tenerme temor.  
Cuestion será peregrina  
La que empezais dandoos luz

*Por la señal de la cruz*  
Como niño de doctrina.  
Dad en eso, que es divina  
Traza y muy disimulada,  
Predicad, no se os dé nada,  
Tendrá por nuevo favor  
En vos un predicador  
Aragon de la cruzada.  
Que yo mas travieso y roto  
De mi valor haré alarde,  
Porque el hombre que es cobarde,  
Siempre dá por lo devoto;  
Si vuestra tierra alboroto  
Mi gusto es; y está bien hecho;  
Y si no estais satisfecho  
Entrad con furia doblada  
Por la cruz de aquesta espada  
A quitarme la del pecho.

TIRSO DE MOLINA: *La Dama del Olivar.*

## POETA Y BATALLADOR.

Al dia siguiente de la siempre memorable victoria de Pavia, procedióse al reparto de los infinitos varones de cuenta, cautivos en aquella jornada en compañía de su rey Francisco I, alojados por de pronto en el monasterio de la Cartuja.

Era uso legítimo entonces exigir rescate de los prisioneros de guerra segun su calidad, recompensando de este modo con los de mayor caudal los gastos y merecimientos de los capitanes del ejército vencedor: uso reprobado y salvaje, pero que no deja de hallar disculpa en un tiempo en que la mayor parte de los jefes militares servian sin sueldo, y aun muchas veces tenian que atender á las necesidades de los soldados con su propio peculio.

A la sazón hubo abundante presa para todos, así por lo completo de la derrota, como porque los mas esclarecidos señores franceses no quisieron ponerse en salvo cuando supieron que su monarca yacia en poder del enemigo.

Con este motivo un jóven aventurero español de noble cuna, examinaba cerca de la puerta del monasterio los hombres de armas que se le habian entregado, pues la gente menuda quedó á beneficio del real erario para ser empleada en reparar las fortificaciones de la plaza.

—Pardiez, seor Garcilaso de la Vega, dijo al mozo un capitan de arcabuceros, que teneis entre vuestros repartidos una escelente plañidera con barbas. Yo en lugar de vos habia de alquilarla para llorona en la procesion

del Santo Entierro de Sevilla ó dueña dolorida en los funerales de Burgos y Toledo, mejor que aguardar rescate alguno por semejante mándria.

Volvió la cabeza el aventurero hácia donde señalaba el militar y reparó en un soldado de buen aspecto y mediana edad, cuyo rostro surcaban abundantes lágrimas de sentimiento. Admirado de una demostracion muy rara en aquella época de hazañas y heroismo, se dirigió al quejumbroso prisionero y en son de lástima y desprecio le apostrofó con las siguientes razones:

—Sumios en mal hora ese llanto, vergonzoso para cuantos ciñen espada, aun á riesgo de que cayendo sobre vuestro corazon le abrase cual plomo derretido, que por vida del señor Santiago, estoy á punto de correrme viendó á un caballero, como aparentais ser, abandonar con tanta mengua al sentimiento de la mala fortuna. ¡Cuerpo de tal! ¿pensábais, don Asendereado lacrimoso, que al venir á Italia se os preparaba alguna entrada de pavana, ó que pelear con las tropas de su magestad el emperador era cosa de juego ó fruslería? Pues á fé que tarde os llegó el desengaño, porque en justa pena de vuestro poco aliento he de venderos á los turcos en la primera ocasion que tenga, advirtiéndoles lo flaco de condicion que sois, y cortado para guarda de sus mujeres.

—Razon teneis, jóven castellano, respondió el prisionero; he cedido á un momento de culpable debilidad; merezco vuestros insultos y seria hacerme demasiada honra si en vez de menospreciarme con palabras me atravesáseis el pecho de una estocada.

—Eso no: que os mate Dios que os crió. En la hoja de mi tizona llevo escrito: *ni me saques sin razon ni me envaines sin honor*, y nunca habrá motivo para herir sin afrenta propia á un hombre desarmado. Si os insulté de ligero, ocasion dísteis con los extremos mujeriles á que os abandonábais, pero si los disculpa alguna causa que no alcanzo, hablad, que pronto estoy á daros satisfaccion al punto de mi descompostura.

—Pluguiera á Dios que los azares de la guerra fueran los únicos que tuviese que lamentar. Desde la edad temprana que abandoné mi casa de Milan he seguido al rey Francisco en todas sus campañas, y con esto ya supondreis que me son conocidos el peligro y estruendo de las batallas; pero la víspera de la última que tan favorable os ha sido, recibí noticias de la muerte de mi esposa acometida de un súbito accidente al ver nuestro palacio incendiado por un enemigo de mi familia, una hija doncella en su poder, sin apoyo, inesperta y falta de lo mas preciso. ¡Ah, señor; mientras yo gimo en servidumbre Camila será víctima de un traidor y fementido! ¿Comprendeis ahora la causa de mi afliccion?

—¿Y no hay justicia en vuestra ciudad que reprima semejantes excesos?

—¿Ignorais por ventura el estado de lucha continua en que viven los nobles de Italia? Atizados por las revueltas de los tiempos nunca fueron tan ardientes los odios y venganzas transmitidas de padres á hijos.

—Vuestro dolor merece respeto y mi ligereza perdon por haberle ignorado. Marchad; sois libre. Yo espíaré unas palabras imprudentes remediando

la pena que os aqueja. Haré saber al virey el desacato cometido contra vos, y estad seguro que su rectitud no dejará sin castigo á los malsines que se atreven á causar tanto daño donde gobierna un español de sangre ilustre, espejo de caballeros.

—¡Señor! ¿cómo podré pagaros tan grande beneficio; tan generoso proceder?

—Olvidando el nombre del atolondrado mozo que insultó tan inmensa desventura.

—Eso jamás, caballero. Le pronunciaré con respeto todos los dias, para que mi hija, si acaso vive, aprenda á reverenciarle cual merece. Garcilaso de la Vega os llamais, bien lo aprendí para no olvidarlo nunca.

## II.

El año 1536, muchos despues del suceso anterior, los tercios castellanos se retiraban de su invasion en Francia, emprendida por Cárlos I en mal hora y contra el parecer de sus mejores capitanes. No iban vencidos, porque vencer entonces á los españoles era empresa ni aun para imaginada; pero faltos de todo, caminando por un país asolado, sin enemigos con quien combatir, las enfermedades y la escasez realizaron las previsiones de los caudillos prácticos en la guerra. Unicamente fué posible detener en su camino aquel ejército acostumbrado á la victoria, oponiéndole obstáculos insuperables á la naturaleza humana.

Cincuenta paisanos temerarios, creyeron la ocasion favorable para molestar la marcha de los imperiales desde una fuerte torre en que se juzgaban seguros. Pero el César manda llamar á Garcilaso que capitaneaba once banderas, y le ordena castigue aquel imprudente alarde asaltando la fortaleza y reduciendo á prision los villanos que la defendian. El valiente capitán á quien el cultivo de las musas en nada embargaba los bríos marciales, es de los primeros que suben por las escalas; ya casi tocaba en lo alto cuando una piedra arrojada desde las almenas viene á herirle gravemente en la cabeza, haciéndole caer en tierra sin conocimiento.

Recogido por los soldados y puesto en un lecto de campaña, fué depositado en un convento de religiosas inmediato á la ciudad de Niza. Las caritativas mujeres acudieron solícitas á prestar su ayuda al doliente caballero que atravesaba sus umbrales, sin preguntar su patria ni bandera, y hasta el nombre hubieran ignorado á no llegar á tiempo en que dando el herido algunas muestras de volver en sí le preguntaba uno de sus acompañantes:

—¿Padeceis mucho, señor Garcilaso?

—¿Garcilaso habeis dicho? preguntó con interés una de las monjas haciéndose lado hasta llegar al moribundo.

—Y de la Vega, para serviros, pues no hago nada de más en ofrecirme en su nombre á tan linda servidora de Dios, añadió el caballero usando hasta en aquel lance crítico la galantería propia del genio español.

Mas ella, sin atender á otra cosa, habia cogido las manos del capitán y besándolas con respeto esclamaba á vueltas de profundos suspiros:

—¡El Señor os salve, generoso protector mio, como salvásteis á mi padre para que acudiese en mi socorro cuando me hallaba en el último trance; la Virgen os dé salud ó gloria tan cumplida como justicia se hizo á mi familia por intercesion vuestra!

Quisieron apartarla de aquel lugar temiendo que su llanto molestase al enfermo, pero advirtiéndolo éste, hizo señas de que la dejasen acercar para decirla con voz debilitada:

—A Dios, Camila; ruega por mi descanso eterno, si en algo te juzgas obligada, y no llores á quien muere en servicio de su patria y su rey.

Mientras esta escena se verificaba, los soldados ardiendo en saña se apoderaban de la torre, y ventiocho paisanos que lograron quedar vivos fueron ahorcados de orden del emperador.

Pocos dias despues entregaba su alma al Criador el dulcísimo Garcilaso, auxiliado de la religion y confiando en la misericordia divina, cual era propio de uno de los héroes de Pavía, que nunca entraron en combate sino fortalecidos con el Pan eucarístico, en paz con su conciencia y dispuestos á responder de su conducta al Dios de los ejércitos, único poder á quien temieron sobre la tierra.

El ejército continuó su marcha, una vez tributados los honores fúnebres al capitán que tanto renombre alcanzó en solos treinta y tres años que le duró la vida, quedando solo en el sitio de su muerte la infortunada Camila como una plegaria perenne en favor de las personas á quienes debió cariño.

Para nosotros quedaron, aunque pocas en número, las obras del esclarecido poeta cuyo fin hemos contado, suficientes á honrar el idioma castellano; admirables por su dulzura, prueba por sí sola de que la fiereza y brusco lenguaje no son cualidades inherentes al perfecto guerrero. Imposible parece que se hayan compuesto entre el fragor de las armas y tumulto de los campamentos, versos de suavidad tan peregrina como los siguientes:

Por tí el silencio de la selva umbrosa,  
 Por tí la esquividad y apartamiento  
 Del solitario monte me agradaba:  
 Por tí la verde yerba, el fresco viento,  
 El blanco lirio y colorada rosa  
 Y dulce primavera deseaba.  
 ¡Ay, cuanto me engañaba!  
 Ay, cuan diferente era  
 Y cuan de otra manera  
 Lo que en tu falso pecho se escondía!  
 Bien claro con su voz me lo decía  
 La siniestra corneja repitiendo  
 La desventura mía.  
 Salid sin duelo lágrimas corriendo.

FLOR DE LA INFANCIA.



Muertê de Garcilaso de la Vega.



Os he presentado, queridos niños, en las pocas líneas que permite nuestro periódico, un perfecto modelo del caballero cristiano; generoso, valiente é ilustrado: como éste, y aun superiores en hazañas, pudiera citaros infinitos que ensalzaron aquellos tiempos tan denigrados por novelistas y escritores de folletín, que solo han aprendido los hechos y filosofía de nuestra historia en las obras de los extranjeros: dejadlos pasar; es un modo de vivir como cualquiera otro, y tened advertido para mejor juzgarlos, esta sentencia de un poeta inglés: las mejores frutas son las mas picadas por los pájaros.

DIONISIO CHAULIE.

## CUENTOS DE ABUELA,

DEDICADOS

AL SEÑOR VIZCONDE DE SAN JAVIER.

### IV.

#### EL VIENTO.

—Abuela, dime otro cuento.

—¿Y rezar....?

—Luego en cenando.

Anda, empieza, yo á la lumbre  
Voy á añadir estos palos  
Y estas tamaras..... ¡qué gozo!  
Vamos, abuelita.

—¡Vamos!

Creyeron en una peste  
Campestres y ciudadanos  
Que en el aire estaba el mal,  
Y no iban descaminados.  
Sobre la Pandra mientras  
Sobre Almodóvar y el Hacho,  
Se estaba una nube negra  
Cual si la hubieran clavado.  
Se les mete en la cabeza  
Que de allí les viene el daño,  
Y se van en procesion  
A esos vecinos peñascos,  
Y á Dios le piden que sople  
Con la fuerza de su agrado  
Viento de salud, que libre  
A la ciudad del contagio.  
Tanto le dijeron: «sopla  
Y sopla y sopla,» que al cabo

Dijo Dios: «aHá va eso,»  
Y sopló con brío tanto,  
Que bajaron mas de ciento  
Por las quebradas rodando,  
Y hubo cardenales-papas  
Y chichones como tarros.  
Huyó la peste y quedó  
Para que de cuando en cuando  
Tuerza en las torres las cruces,  
Eche las tejas abajo,  
Toque campanas á vuelo,  
Paraguas vuelva y harapos,  
Abra la puerta del centro  
Del hermoso Santuario,  
Lleve sombreros y gorras  
Hácia los países altos,  
Y las miradas curiosas  
Hácia los países bajos,  
Derrumbe las casas viejas,  
Y estrelle á algun ciudadano,  
Un cefrillo, con fuerza  
De setenta mil caballos.  
—Pues mejor era la peste.  
—No digas eso, muchacho;  
Dios solo del bien y el mal  
Tiene el secreto sellado.  
Quizás por el viento rudo  
Es este pueblo mas sano,  
Y es el precursor del agua  
Que fertiliza sus campos.

A. ALMENDROS AGUILAR.

## EL NIÑO VERDADERO FILOSOFO.

Paseándose un día el conde de Campomanes á caballo en las inmediaciones del sitio de San Ildefonso, donde se hallaba la córte de Carlos III, vió en el campo una planta que tuvo ganas de examinar. Bajó de su caballo, y aprovechándose éste al momento de su libertad, comenzó á galopar á lo largo del camino. El conde le siguió, le llamó, el caballo se paró, pero en el momento de ir á cogerle, volviósse á escapar. Un niño que trabajaba en un campo inmediato, y que lo vió, corrió al camino y llegó á tiempo para coger la brida del caballo, la que tuvo firme hasta que llegó el dueño. Mirando el conde al niño, admiraba su semblante sereno, y su aire contento.

—Te doy las gracias, muchacho, le dijo, le has detenido muy bien..... ¿Qué te daría yo por tu trabajo?

—Yo no necesito nada, caballero, respondió el niño.....

CONDE. ¿No? Pues te lo agradezco; hay pocos hombres que digan otro tanto. Pero dime, ¿qué haces en este campo?

NIÑO. Arrancaba la mala yerba, guardando mis carneros que pastan aquí cerca.

CONDE. ¿Te gusta esta ocupacion?

NIÑO. Sí, señor, sobre todo cuando hace buen tiempo.....

CONDE. Enhorabuena, ¿y no querías mas jugar?

NIÑO. Esto no es gran trabajo: es casi una diversion.

CONDE. ¿Y por qué trabajas?

NIÑO. Para mi padre, caballero; vive allí cerca de los árboles en aquella cabaña que veis.

CONDE. ¿Cómo te llamas?

NIÑO. Pedro Alvarez, como mi padre.

CONDE. ¿Qué edad tienes?

NIÑO. Ocho años por San Miguel.

CONDE. ¿Hace mucho tiempo que estás hoy en el campo?

NIÑO. Desde las seis de la mañana.

CONDE. ¿Y no tienes hambre?

NIÑO. Algo, pero luego iré á comer.

CONDE. Si tuvieses una peseta, ó treinta y cuatro cuartos, ¿qué harías?

NIÑO. Verdaderamente que no lo sé, porque nunca he tenido tanto.

CONDE. ¿No tienes juguetes?

NIÑO. Juguetes; ¿qué es eso de juguetes?

CONDE. Pelotas, peones, y caballos de madera y carton.

NIÑO. No señor; pero el hijo de Tomás el vecino, sabe hacer con piel y una vejiga de cerdo un globo, que arrojamus á patadas cuando hace frio y

además hacemos lazos para cazar pájaros: tengo tambien zancos para andar sobre el barro, y tenia un aro, pero se ha roto.

CONDE. ¿No tienes ganas de tener otras cosas?

NIÑO. No, señor, porque no tengo tiempo de jugar. Yo llevo los caballos al campo, tengo cuidado de las vacas, y suelo ir á hacer recados al pueblo. El tiempo se pasa en todo esto tan pronto como jugando.

CONDE. Pero si tuvieses dinero, podrias comprar manzanas y bollos cuando vas al pueblo.

NIÑO. ¡Bah! tambien hay manzanas en casa, y en cuanto á los bollos ya me rio yo! porque mi madre hace tortas los domingos que valen mas.

CONDE. ¿No te gustaria tener un cuchillo, para cortar varas?

NIÑO. Tengo uno en el bolsillo que me dió mi hermano; mire usted, corta que es un portento.....

CONDE. Me parece que tienes los zapatos rotos. ¿No querrias tener otros mejores?

NIÑO. Tengo unos nuevos para los domingos.

CONDE. A los que tienes les entra el agua.

NIÑO. No me importa nada.....

CONDE. Y tu sombrero está roto tambien.....

NIÑO. Tengo otro mejor en casa, pero prefiero éste, porque el otro me hace daño en la cabeza y me aprieta en la frente.

CONDE. ¿Y qué haces cuando llueve?

NIÑO. Me meto debajo de un árbol, hasta que pasa la nube.

CONDE. ¿Qué haces cuando tienes hambre, antes de retirarte?

NIÑO. Como algunas veces un nabo crudo, ó un pedazo de cebolla... ..

CONDE. ¿Y si no la encuentras á mano?

NIÑO. Entonces tengo paciencia. Ya me ha sucedido algunas veces; pero trabajando mucho no se hace caso del hambre.

CONDE. ¿No tienes sed cuando hace calor?

NIÑO. Si, señor; pero no falta agua por aquí....

CONDE. ¿Pero sabes niño, que eso es tener filosofía verdadera?

NIÑO. ¿Verdadera qué?.....

CONDE. Filosofía; yo sé que tú no entiendes esto.....

NIÑO. No, señor: pero creo que no será una cosa mala.

CONDE. ¡No! ¡no! Eso quiere decir, que tú eres un niño bueno y razonable. Ya veo, amigo mio, que tú no necesitas nada, y yo te daría dinero, para hacerte tener necesidades. Díme; ¿no vas á la escuela?

NIÑO. No señor; todavía no; pero mi padre dice, que ire despues de la recoleccion de las mieses, para agosto.

CONDE. ¿Entonces necesitarás libros?

NIÑO. Sí, señor; los niños tienen un silabario, un catecismo y un libro de Evangelios.....

CONDE. Pues bien, yo me encargo de dártelos; preven á tu padre y le dirás que te los compro, porque eres un buen niño, que está contento con todo.....

NIÑO. ¡Es usted muy bueno, señor! Doy á usted las gracias y me vuelvo á mi trabajo.

CONDE. Adios, Pedro.....

NIÑO. Estoy para servir á usted, caballero..... y como se llama usted.....

CONDE. El conde de Campomanes, presidente del Consejo de Castilla.

NIÑO. Diga usted, caballero, ¿y usted es tambien filósofo?

CONDE. No, hijo mio, á pesar de haber empleado toda mi vida en buscar la verdadera filosofía, estoy muy lejos de haberlo conseguido como tú que estás contento con todo.....

NIÑO. ¿Conque no está usted contento?.....

CONDE. ¡No! adios, Pedro..... y al galope de su caballo, se retiró á San Ildefonso, á tener una conferencia con varios cortesanos de valimiento que trataban de introducir una modificacion en el ministerio de Cárlos III.

EL CONDE DE FABRAQUER.

---

Deseando complacer al jóven colegial autor del siguiente artículo, hemos respetado su estilo propio, así como le dejamos la responsabilidad de sus apreciaciones. La redaccion guarda *in pectore* su opinion sobre las fiestas de que se trata.

## UNA CORRIDA DE TOROS.

---

La vida es el trabajo, pero el trabajo, necesita interrumpirse para que no canse, y en esta interrupcion vienen las diversiones públicas.

No hay pueblo del mundo en que estas no se conozcan; y así como las naciones tienen unos caractéres que son generales á todas y otros especiales con que se distinguen unas de otras, segun su diferente saber y su diferente posicion en el globo, del mismo modo tienen diversiones ó juegos públicos, unos que vienen á ser casi iguales en todas partes, y otros que son peculiares y propios de cada país con arreglo á su clima, sus tradiciones y sus costumbres.

Las corridas de toros son una fiesta ó diversion pública, peculiar y casi esclusiva de España, y es á no dudarla una de las que mas llaman la atencion en todo el mundo. Hay pueblos que no oyen hablar de España sin que en seguida se pinte en su imaginacion la figura de un toro, y la mayor parte de los estranjeros que vienen á ella, la primera curiosidad que desean satisfacer es la de ver una corrida: tan ruidosa y afamada es esta fiesta.

He oido ya decir en medio de mi juventud, que las corridas de toros son una fiesta bárbara que debia prohibirse: yo todavia no entiendo bien de es-

to: lo que veo es que les gusta mucho á las gentes de Madrid, de Valladolid y de Navacarnero, en donde las he presenciado, y que tambien á mí me gustan. Si es bárbara porque se derrama sangre, tambien lo será la caza: si es bárbara porque hay algun peligro, tambien le hay en las carreras de caballos y en los juegos gimnásticos. Los toros tienen la virtud de distraer mucho, y esto les hace bien agradables; además de que el ver á la debilidad en lucha contra la fuerza, y la inteligente destreza del hombre triunfar del ciego instinto del bruto, no creo que sea una cosa horripilante que deba proscribirse. Dígase, pues, lo que se quiera contra los toros, los españoles decimos, á los toros, y vamos á los toros mas contentos y alegres que unas castañuelas.

¡Qué hermosa es una tarde de toros bajo un cielo azul, despejado y con unos rayos de sol que echan chispas! Mirad qué alegre va toda la gente por el ancho espacio de una larga y magnífica calle: quinientos coches de todas clases, grandes y chicos, antiguos y modernos, discurren á todo correr de los caballos, al ruido de los látigos y de las campanillas, llevando gente alegre, que se alegra mas cuanto mas corre. Por las anchas aceras y paseos de los lados se codean en disorde movimiento, mil y mil personas que no quieren ó no pueden aprovecharse de los carruajes, y todas marchan con la alegría propia de la algazara y movimiento, como si nada hubiera que hacer ni que decir ni en qué pensar mas que en los toros.

Ya se hallan todos apiñados dentro del redondel. Es una estensa plaza circular, rodeada de un débil muro de madera, que es el refugio de los lidiadores y al que llaman la *barrera*: detrás de ella se levanta en forma de anfiteatro una vasta escalinata, *tendido* famoso donde se tiende un pueblo inmenso que espera con ánsia los lances de la lucha; y por último, este anfiteatro se encuentra ceñido y dominado por dos cuerpos de galerías y de palcos, en donde se colocan las gentes mas machuchas, mas pacíficas ó mejor acomodadas, como es de ene que se coloquen junto á la *barrera*, ó sea en los asientos llamados de *talanquera*, los mas aficionados que quieren estar en próximo contacto con los *bichos* y la *gente crua*, esto es, con los toros y con los toreros.

¡Qué cuadro tan animado! ¡Cuánta gente, cuántos trajes, cuántos colores, y cuántas voces!.... Empina la bota en los tendidos la gente del pueblo, y enardecida con el sol y con los tragos, canta, rie, vocea y llena el recinto con el eco atronador de su contento y algazara. Los mas pacíficos de las gradas y palcos refieren aventuras de toros y de toreros, y andan revueltas en animado coloquio las antiguas historias de Montes y el Chiclanero, de Romero y de Pepe-Hillo con los modernos estilos de Cúchares y el Tato, del Cuco ó del Regatero. Lucen las muchachas sus galas y su belleza, y andan de mano en mano los hipócritas gemelos físgando unas veces trajes y caricaturas, y siendo en otras á manera de correo portador de señas y miradas y saludos de graciosa inteligencia. Y por último, hasta los muchachos como nosotros, mas alegres entonces que cuando traducen á Horacio ó á Virgilio,

se vuelven y revuelven al lado de sus padres, y olvidándose completamente de los libros y del colegio, les asedian á preguntas y les marean con los lances de *capa* y *cuerno*, así pretéritos como futuros.

Sonó la hora: ya entró en el redondel el piquete del despejo, cuyas evoluciones hacen que cada mochuelo vaya en busca de su olivo dejando limpia la plaza. Precedida de los alguaciles penetra en el circo la cuadrilla, y un grito de alegría y una salva de aplausos estrepitosos saluda la presencia de esta gente jacarandosa, que con su traje de colores, bello, airoso y sin igual entre los trajes de garbo, va derramando sal y salero, gracia y sandunga por todos los ámbitos de la plaza, hasta poner en movimiento á todos los corazones, aun los de la gente mas fria y aguachinosa.

RICARDO RODRIGUEZ SOBRINO.

(Se concluirá).

## LA PANADERA Y EL HARNERO.

FABULA.

Cierta panadera  
 Nueva en el oficio,  
 Compró diez costales  
 De excelente trigo.  
 Mas revuelto estaba  
 Con avena y mijo,  
 Y el pan le salía  
 Negro y desabrido.  
 La pobre queria  
 Que fuese esquisito,  
 Porque lo comprasen  
 Todos sus vecinos....  
 Y así diligente,  
 Fuese el tiempo frio  
 Fuese caluroso,  
 Iba ella al molino.  
 Y despues la harina  
 Con afan prolijo,  
 Cernia ella misma  
 En un lienzo fino.  
 Pero todo en vano,  
 El trigo era el mismo,  
 Y nunca vendía  
 Ni aun un panecillo.  
 Quejábase triste  
 Haciendo el cernido,  
 Y echaba la culpa

Al cedazo fino.  
 Pero un viejo harnero  
 Dejado al olvido,  
 Como trasto inutil  
 Oyóla y la dijo:  
 —Si antes de molerlo  
 No cribas el trigo,  
 ¿Qué ha de sucederte  
 Sino es puro y limpio?  
 Este en otros tiempos.  
 Era mi ejercicio,  
 Si en él me repones  
 Tendrás pan florido.—  
 Descolgó el harnero  
 Con él cribó el trigo,  
 La harina fue blanca  
 E hizo un pan muy rico.  
 De bueno y de malo  
 ¿Cuánto no hay escrito?  
 Los maestros y padres  
 Harán con los libros  
 Lo que hizo el harnero  
 Con la avena y trigo,  
 Si educar bien quierén  
 A los tiernos niños.

EL CONDE DE FABRAQUER.